

Estaba la estación llena, no sonaba a hueco por ninguna parte y cuando se llegaba allí a deshora se tenía la impresión de que se había llegado a terreno habitado, porque todo aquello tenía que moverlo alguien o por lo menos cuidarlo, pero donde más se notaba y transcendía era en las salas de espera cuando se iba con mal tiempo a tomar los trenes de la madrugada arropados hasta los ojos y de pronto se encontraba uno con aquellas chimeneas tirando a todo tirar. Tan eficaces eran que el tío Berbés, como buen francés, tenía una en su quintería de Piédrola que puede que siga todavía por esa dejadez que a nosotros no nos permite ni quitar lo que nos estorba. El prefería su chimenea a las nuestras con sobrada razón y hubiera resultado útil hablar con los que le acompañaron en ocasiones señaladas.

La Cochera era un monumento, el más demostrativo de la importancia de una estación que necesita expedir a diario trenes de largo recorrido y recibir miles y miles de toneladas de mercancías y de viajeros. Su importancia no estaba en tirarla o dejarla sino en que ambas decisiones sean posibles sin consecuencias. No, con la Cochera se han ido muchas cosas, materiales unas y románticas otras y muchas ilusiones de los fogoneros que en la Cochera bruñían los dorados de sus máquinas por la desinteresada alegría de que se la vieran siempre reluciente y le diera fama que tanto les engordaba sin comer ni irse a los bares en todo el día.

Don Mariano era un hombre más bien pequeño, pero gordo e inquieto, un verdadero cascarrabias que cuidaba la estación como su misma casa y la llevaba de la misma manera, corrigiendo la limpieza como el deterioro de las cosas y su colocación adecuadas.

De la circulación de los trenes estaba al tanto a todas horas y el paso de los de más compromiso, como el exprés de Sevilla a las seis de la mañana, rara vez se hacía sin su presencia.

El paso de los trenes reales, tan frecuente para ir a las cacerías del Sur y casi siempre conducidos por el Duque de Zaragoza como maquinista y los altos jefes de la Compañía como viajeros —Alix-Maristany, Varela de Seijas, etc.—, con aire presuntuoso, eran para D. Mariano de una inquietud infernal por la confianza que hacían en él y nadie se hubiera atrevido a hacerle una objeción ni él lo hubiera consentido, que se metía hasta en el acoplamiento que debía tener la guardia civil, en aquellas circunstancias tan numerosa que los vecinos tenían que soportar dando alojamiento a las fuerzas, pero don Mariano estaba en todo y no paraba hasta que el tren estaba a salvo de cualquier malhadada posibilidad.

En pequeño todos los días tenía algún momento de esa preocupación con algunos trenes, sobre todo con ese pretencioso exprés de Sevilla donde siempre iba alguien que le anunciaba su paso y él se sentía obligado a garantizarle la seguridad.